

HAZ UN PROPÓSITO A MEDIAS CON FERNANDO

Andrés Ollero

Si alguien tuviera la santa paciencia de hacer inventario de todo lo que Fernando Fernández ha ido a lo largo de los años llevando a cabo no encontraría hueco alguno para aburrirse. El resultado podría sin embargo parecer irrisorio si se compara con lo que Fernando en el mismo periodo de tiempo ha logrado que hagan otros. No hay duda de que nos encontramos ante una máquina de trabajar, pero su auténtica especialidad es hacer trabajar. Mi larga experiencia de contacto con él me lleva por ello a improvisar el mejor consejo imaginable: si te propones llevar a cabo algún propósito, hazlo a medias con Fernando.

Lo conocí hace ahora cincuenta años, en el verano de 1962, en la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida. Su presencia no dejó de llamarme la atención. Por allí andaban las decenas de alumnos de ese curso, residentes allí durante más de un mes, asistiendo a las clases y seminarios diarios, remando en los bateles (con derecho a huevo frito, si lo hacían en el negro, que apadrinaba el Rector Rodríguez Casado), o jugando al fútbol como hispanos residuales. También se dejaban ver, más o menos, los profesores que atendían clases o seminarios de la semana. Como añadido, algún que otro antiguo alumno de años anteriores, como era mi caso, pues se nos ofrecía la posibilidad de convivir algunos días recordando la anterior experiencia.

La verdad es que no me resultaba fácil encajar a Fernando dentro de esta variada tipología. Me habían dicho que había sido, o era, alto cargo de la Comisaría del Plan de Desarrollo (como biógrafo soy un desastre...), no provenía del mundo académico y parecía demasiado talludito para oficiar de antiguo alumno con ganas de marcha; pero se notaba que se encontraba en su casa. Sin duda el afán de prestar colaboración y apoyo al irrepetible D. Vicente podría justificar su presencia; pero, pensándolo más despacio, llegué a la conclusión de que hacía de ojeador de futuros valo-

res, a los que podría poner a trabajar en su momento al menor descuido. Tengo la impresión de que me apuntó en su libreta.

Creo que pasaron casi veinte años sin que volviéramos a vernos. Pertenecía él al alto *staff* del entonces Banco de Bilbao, llamado a ir creciendo con variopintas fusiones (imagino que, más bien, absorciones). Su afán de no estar nunca quieto le llevó a organizar unas Jornadas sobre “El balance social de la empresa”, que es como por aquel 1981 se rotulaba lo que hoy tiende a presentarse como su *responsabilidad social*. Se ve que tiró de libreta y que no andaba muy surtida de matices, porque mis conocimientos empresariales no eran por entonces más profundos que los de ahora. Pero Fernando tiene la rara virtud de conseguir que nunca le digan que no; así que me pasé días cavilando cómo podría encajar el asunto que se me había propuesto en los conocimientos sociológicos que había atesorado en mis estancias alemanas un decenio antes. Salí como pude del trance y Fernando llegó a la conclusión de que cabría pasarme de la cantera a la plantilla.

Ya antes me había movilizado en octubre de 1980 para unas II Jornadas Universitarias en el toledano Palacio de Fuensalida. Por lo demás a través de la Asociación La Rábida, de la que era Secretario General, mantenía el fuego sagrado entre los antiguos alumnos dispersos por la geografía nacional. El 24 de octubre de 1983, me avisa: “En diciembre, aprovechando un fin de semana, queremos montar un Seminario de Profesores de Universidad. Vete pensando en colegas a invitar y en el tema a debatir”.

La siguiente movida fue ya más ambiciosa. Fernando puso en marcha una serie de trabajos interdisciplinares que apuntaban a la publicación de sustanciosos volúmenes sobre las sucesivas encíclicas de Juan Pablo II. Ya en 1987 había visto la luz el dedicado a la *Laborem excersens*, habiendo logrado incluso un fenómeno académicamente insólito: se pagaba a los colaboradores generosamente el trabajo ejercido. Los resultados le invitaron a apuntar más alto. El 5 de febrero de 1988 escribe: “La experiencia acumulada tras nuestro proyecto *Estudios sobre la "Laborem excerseri"* me anima a plantearte una nueva iniciativa de corte universitario: la creación de una Asociación con el objetivo de favorecer, difundir y promo-

ver la Doctrina, el Magisterio y las Enseñanzas Sociales de la Iglesia Católica”; adjuntaba un borrador de estatutos y anunciaba una presentación antes de semana santa a través de una mesa redonda.

Nació así la Asociación para el Estudio de la Doctrina Social de la Iglesia, o sea AEDOS. Se acabaría constituyendo ante el notario D. Agustín Rodríguez García, en escritura que otorgaban el profesor José María de la Cuesta Rute, don Javier Martínez Pérez (entonces Obispo Auxiliar de Madrid-Alcalá y hoy Arzobispo de Granada) y el propio Fernando. La gestación había llevado su tiempo. Yo había sido ya convocado “como miembro del Consejo de Fundadores de AEDOS” por Fernando a una reunión el sábado 11 de noviembre de 1989 para proceder a elegir la primera junta directiva; me adjuntaba incluso un boceto del futuro logotipo. Podía haberle servido de modelo inspirador del empeño la información, que el propio Fernando circularía, sobre el Istituto Internazionale per la Dottrina Sociale con sede en Bolonia. También hizo circular programas llevados a cabo por la Associazione per l’Educazione Permanente alla Dottrina Sociales Cattolica, con sede en Milán; como el celebrado en Roma en diciembre de 1987.

Alguien podría pensar que se trataba de una asociación más a la que uno se apunta y de vez en cuando monta alguna actividad y se consigue que aparezca un moderado porcentaje de socios; craso error. Lo del estudio iba en serio. Siempre sospeché que el afán de Fernando por dar a la luz unos tochos espectaculares, en los que un sinfín de catedráticos de las más variopintas disciplinas se ocupaban de comentar la encíclica de turno, era provocar que ellos mismos la leyeran; eran todos en efecto gente suficientemente seria como para no escribir sobre un texto sin haberlo leído primero...

Esto me descubrió una característica de nuestro hombre que, quizá por dedicarme a la universidad, nunca había visto en ningún otro: la capacidad de trabajar en red. Milongas sobre el trabajo interdisciplinar sí he oído muchas, pero que una serie de sesudos profesionales intercambien sus trabajos, se formulen observaciones y acaben teniéndolas en cuenta, fue para mí todo un descubrimiento. Así ocurrió con el libro dedicado más tarde a la *Sollici-*

tudo rei sociales. En carta de 27 de julio de 1988 anuncia su puesta en marcha: “Al igual que para la *Laborem excersens*, existe la idea de un estudio interdisciplinar, aunque mejorado. Pretendemos que la encíclica sea glosada desde distintas especialidades, pero buscando responder, al mismo tiempo, al estatuto epistemológico de cada uno de los enfoques posibles; a modo de colofón, se trataría de conseguir una propuesta de síntesis de todos ellos. Lo ambicioso de este planteamiento obliga a una reunión previa, entre los autores, para discutir, sobre un documento de trabajo, los respectivos enfoques metodológicos y sus límites de perspectiva”. La fija para el 4-6 de noviembre en Collado-Villalba.

Tampoco ya en el 2003, para la *Centesimus annus*, faltaría el acostumbrado trabajo en equipo con holocaustos de fines de semana. En carta de 3 de junio de 1992 comunica: “El pasado fin de semana tuvimos en Segovia, como estaba previsto, reunión de trabajo sobre la *Centesimus Annus*, con la asistencia de quince de los veinticinco autores del volumen de AEDOS. Las sesiones fueron extraordinariamente útiles para buscar la unidad interdisciplinar de los diferentes artículos, exigencia fundamental de nuestra obra colectiva. Como todavía tenemos tarea pendiente, que debemos concluir antes de enviar los originales a imprenta, volveremos a reunirnos el próximo 27/28”; y concluía: “Te ruego pongas todo tu empeño en asistir. Estoy convencido de que no te arrepentirás”.

Como el creciente personal se prestaba a ello, decidió configurar dentro de la asociación *capítulos* temáticos. La tipología elegida, descendiente quizá del Club de Roma, era un monumento a la sinceridad; porque el objetivo de esta gemación era obviamente poder llamar a unos y otros a capítulo de modo más eficaz.

He desempolvado una carta de 12 de febrero de 1991 en la que se deja constancia de que cuatro días antes se había aprobado la creación de la sección o capítulo jurídico. Como es lógico, el asunto no queda ahí, sino que a los destinatarios (José Gabaldón, José María de la Cuesta, Alberto de la Hera y quien suscribe) se les emplaza a programar un curso sobre Aspectos Jurídicos de la Doctrina Social de la Iglesia, que encontraría acogida entre los de verano de la Complutense en El Escorial. En otra epístola, que

dirigí al profesor italiano Sergio Cotta el 24 de marzo de 1992, le anuncio para el 8 de mayo de dicho año la primera actividad del capítulo, destinada a la “Deontología Jurídica”; seguirían otras sobre “Ética, Derecho y Poder” (el 21 de noviembre del mismo 1992) y “El Derecho ante el Catecismo de la Iglesia Católica” (19 de junio de 1993), y así hasta hoy...

La metodología aplicada dio paso a fenómenos novedosos, que tengo la impresión de que han llegado a verse luego reproducidos en otros foros. Por ejemplo, convocar a colaboradores integrados en los más diversos grupos *-realidades eclesiales*, creo que se dice- contribuyendo eficazmente a superar el cantonalismo, no exento de suspicacias, que solía reinar entre los ambientes católicos; sobre todo por ausencia de mutuo conocimiento. Pienso que se trata de una aportación que nunca será suficientemente encomiada.

La puesta en marcha de cada una de las jornadas de los diversos capítulos de AEDOS supone una notable actividad de impulso y comunicación, que Fernando asume con notable naturalidad. Valga un ejemplo. Hacia finales de marzo de 2010 me informa de que en el mes de junio debía someterse a una intervención quirúrgica y, ante tal evento, sugería adelantar a abril y mayo los seminarios previstos para ese primer semestre. Toque pues de generala. Los hechos se precipitan y, aun habiendo fijado el tema y diseñado buena parte del programa, el mismo 31 de mayo acaba siendo ingresado sin que hubiéramos logrado poner en marcha la sesión.

En el placentero marco de la segunda semana de agosto recibí un nuevo correo, animándome a fijar una nueva fecha para el mes de octubre; se mantienen la temática y ponentes previstos, que adjuntaba para evitar cualquier previsible lapsus. Me advertía, no sé si amenazadoramente, que no pensaba moverse de Madrid durante el mes vacacional, atribuyéndolo a su deseo de facilitar una recuperación total.

Finalizando septiembre ya se ha señalado fecha, pero queda de relieve el altísimo nivel intelectual de los organizadores, incluido el que esto escribe. Se había fijado como tal el sábado 30 de octubre, pero afortunadamente llamó desde Canarias el insigne Pepe Ga-

baldón, uno de los responsables, al que uno de los ponentes invitados le había hecho notar, en un alarde de conocimiento sociológico, que era víspera del puente de Todos los Santos, lo que aconsejaba aterrizar sobre la realidad propiamente dicha.

La jornada acabó teniendo lugar hacia finales de noviembre. Me envió en efecto la versión definitiva del programa, apuntando que figuran ya los títulos de quienes intervienen en las mesas redondas y una pequeña reestructuración de los horarios para dar más tiempo a los coloquios. El formato electrónico del programa me facilitaba reenviarlo a colegas y amigos. Como sabe con quien se juega los cuartos, me hacía notar -aunque aparece en el programa- que se accedería por Isaac Peral 58 a la biblioteca del Colegio Mayor San Pablo, donde tendría lugar la jornada.

Abundando en el trabajo en red nunca faltó el envío, tras alguna actividad de un capítulo, a todos los participantes de los datos postales y de correo electrónico de los demás, favoreciendo así una continuidad en relaciones personales en embrión y evitando que se convirtieran en efímeras. Nunca he echado tampoco en falta información puntual sobre las actividades de otros capítulos, con la que se esperaba provocar la posible invitación a algún conocido de dicho ámbito, que llegara a integrarlo en las actividades regulares de ese grupo. Añádase a ello el envío periódico de relaciones de publicaciones y novedades editoriales.

Por si fuera poco, Fernando no dudó en acometer una de las aventuras más complicadas imaginable: la multiplicada edición de libros, en formato de bolsillo, que luego distribuía generosamente. Su fe en la capacidad lectora del personal era capaz de mover montañas. Por ejemplo en 2003 son siete los libros (la mayor parte de ellos de varios autores) publicados; desde el que abordaba *Globalización y Persona* hasta el relativo a *La clonación humana a debate*. No dudó también, según me consta, en adquirir ejemplares de alguna obra de sus colaboradores para proceder a difundirla entre los demás.

Siempre me llamó la atención, no necesariamente en tono positivo, su desinterés por un público reconocimiento de tan ingente

tarea. El arma fundamental de la difusión de sus resultados era sobre todo el boca a boca. Sirva de ejemplo su desprendida actitud a la hora de publicar los dos notables volúmenes que puso en marcha sobre deontología jurídica. Todo lo dicho sobre trabajo en red alcanzó, a lo largo de años, su máxima expresión en la elaboración de esta obra; al intercambio de borradores se unieron varias sesiones presenciales de al menos media jornada, casi siempre en fines de semana. Un tarjetón manuscrito de 4 de febrero del 99 contiene detalles precisos: “a) incluyo 4 nuevos artículos. Creo que todos te interesan. Ya me dirás cuáles comentas a los autores; b) la reunión de autores será, en principio, el sábado 24 de marzo. Reserva la fecha; c) Tienes pendiente la entrega de tu artículo “Deontología en los cargos públicos”; d) el XII Seminario Jurídico será en abril. Debemos pensar el tema y ponentes”. A trabajar pues...

La obra acabó, me imagino que por facilitar la cobertura económica de la edición, siendo publicada en 2003 por la Universidad Católica de Murcia, que no había tenido antes participación en la laboriosa gestación. En marzo del 2000 (según me informaba el día 3), Fernando había puesto en marcha un proyecto de colaboración con dicha Universidad.

En cualquier caso, el cúmulo de actividades de AEDOS no le parecía suficiente seguro contra el aburrimiento. Entran así en juego las comidas Obispos-Empresarios. El rótulo es un tanto imaginativo, porque de la condición episcopal de los ponentes no hay mayor duda, dado el carácter sacramental implicado, pero sobre el carácter empresarial de los asistentes habría mucho que hablar; sirva yo mismo como ejemplo. En realidad lo que Fernando parece buscar en estos eventos gastronómicos es un encuentro de los representantes de la jerarquía eclesiástica con eso que, por los años del concilio, se etiquetaba como “el mundo de hoy”; o sea personajes vinculados a las más variopintas movidas, no sólo empresariales, sino políticas o de foros e iniciativas sociales. Todos ellos con el denominador común de una inquietud cristiana, proyectada como ya venía siendo costumbre a través de espiritualidades o grupos de notable variedad.

En lo que a mí respecta, el primer testimonio escrito que encuentro sobre el particular es una carta de 4 de febrero de 1992, anunciando un encuentro con monseñor Estepa, ponente luego asiduo, para el día 27. Sin duda es mi condición de Diputado la que me hace aparecer por allí. El escenario sería el Hotel Ritz, por cortesía de Ignacio Buqueras que gestiona la ocupación gratuita del salón de reuniones. Se repite allí alguno más y, tras otros emplazamientos, el de marzo de 1993 se anuncia, con Ignacio Hernández de Larramendi como ponente, en la sede de Iberdrola por entonces en Hermosilla 3, gracias a gestiones de Guido Brunner. Con el tiempo Iberdrola asumió la sponsorización de la actividad, tanto allí como en sus actuales instalaciones, para organizarlas más tarde en el nobiliario marco de la hoy Casa de América, a la vera de la Cibeles. Allí tendría ya lugar, por ejemplo, la del 24 de abril de 2008.

No terminaré sin aludir a un aspecto no menos admirable. Evidentemente todo este esfuerzo exigía una infraestructura económica nada despreciable, que sólo cabe solventar con generosa disponibilidad personal y no poca capacidad de suscitar mecenazgo ajeno. Sobre tales cuestiones de intendencia poco puedo aportar, por expresa voluntad del propio Fernando. Una de las cartas que solía circular (fechada de modo genérico en noviembre de 2002) terminaba con un discreto toque de atención a los destinatarios: “Aprovecho este envío para animarte a ser socio de AEDOS. Tu ayuda y tu apoyo nos permitirá consolidar y extender las actividades y programas en marcha”. La posdata, añadida a mano, me excluía de tan delicada convocatoria: “Tu eres ya socio “honoris causa”; no va contigo el tema económico. Te envío 1 ficha de inscripción por si tuvieras algún amigo mecenas...”.



HOMENAJE A FERNANDO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

©José Andrés-Gallego, 2013.
Fermín Caballero, 56
28034 Madrid www.joseandresgallego.com

ISBN 978-84-616-2893-3
Depósito legal M-7312-2013